

Palestina: algo se mueve

16/02/2002 - Autor: Uri Avnery*

Una vez vi en un Western a un piel roja (¿o debiera decir más bien estadounidense nativo?) aplicando su oído al suelo y escuchando un tren a decenas de kilómetros de distancia.

A través de los años he tratado de imitar al indio. Trato de escuchar los cambios en el humor del público antes de que aparezcan en la superficie. No para profetizar, no para adivinar, sólo por escuchar.

Ahora percibo que se acerca una gran ola de oposición a la sangrienta guerra contra los palestinos (apodada "La paz de los asentamientos" siguiendo el nombre dado a la invasión del Líbano en 1982, "Paz de Galilea"). La revuelta de los soldados que se niegan a servir en los territorios palestinos ocupados es un síntoma importante, uno de muchos.

Hemos visto en el pasado varias épocas similares de gran agitación pública, que comienzan con ruidos opacos y crecen rápidamente hasta convertirse en una airada protesta pública. Una ola semejante se alzó durante el caso Lavon en los años 50 y llevó a la destitución de Ben-Gurion. Otra llevó a Moshe Dayan al Ministerio de Defensa en las vísperas de la Guerra de Seis Días de 1967 (conducida por las mujeres apodadas "Las alegres comadres de Windsor"), y la siguiente lo destituyó a él y a Golda Meir después de la guerra de Yom Kipur. Una ola parecida sacó al ejército israelí de Beirut, y más tarde del Sur del Líbano (dirigida por el movimiento de las "Cuatro Madres".)

El mecanismo puede ser comparado con la transmisión por engranajes. Una rueda pequeña con una propulsión fuerte, independiente, mueve otra rueda más grande, la que por su parte mueve una rueda aún más grande, y así sigue hasta que toda la clase dirigente cambia de orientación. Es como sucede en Israel, es como sucede en todas las democracias (véase: Vietnam).

Siempre comienza con un pequeño grupo de gente comprometida. Alzan sus débiles voces. Los medios de comunicación los ignoran, los políticos se burlan de ellos ("un pequeño grupo marginal y vociferante"), los partidos respetables y las antiguas organizaciones establecidas fruncen el ceño y se distancian de sus "consignas radicales".

Pero poco a poco comienzan a hacer impacto. La gente abandona a las organizaciones respetables (es decir ligadas a la clase dirigente) y se unen a los grupos que luchan. Esto obliga a los dirigentes de las organizaciones a radicalizar sus consignas y a unirse a la ola. El mensaje se difunde a través de los partidos. Los políticos que quieren ser reelegidos adoptan las nuevas consignas. Periodistas "importantes," que sirven de veletas, huelen el cambio y se adaptan a tiempo para la nueva corriente.

La famosa antropóloga Margaret Mead dijo al respecto: "Nunca duden de que un pequeño grupo de ciudadanos juiciosos, comprometidos, puedan cambiar el mundo. Por cierto, es lo

único que alguna vez lo haya logrado". Y el filósofo alemán, Arthur Schopenhauer, dijo: "Toda verdad pasa por tres etapas: Primero, es ridiculizada. Segundo, enfrenta una violenta oposición. Tercero, es aceptada como evidente".

Ahora vuelve a suceder. Es difícil establecer el momento exacto en el que comenzó Tal vez después de la demolición de unas 50 casas en el campo de refugiados de Rafá. O en la reunión de masas convocada por Gush Shalom en Tel-Aviv, cuando el coronel Yigal Shochat, que perdió una pierna en la guerra de Yom Kipur, apeló a sus camaradas, los pilotos de la fuerza aérea, a que se negaran a ejecutar órdenes que son manifiestamente ilegales, como bombardear ciudades palestinas, y cuando el filósofo Adi Ophir propuso que se abrieran actas sobre los oficiales del ejército israelí que cometen crímenes de guerra. Repentinamente el público despertó a la posibilidad de que se están cometiendo crímenes de guerra en su nombre. Se rompió el bloque mental, comenzó una discusión pública sobre los crímenes de guerra, y por consiguiente sobre la ocupación misma.

El anuncio por 50 oficiales y soldados de la reserva de que se niegan a servir en los territorios ocupados, rompió una represa. La cantidad de refuseniks creció rápidamente, el fenómeno estremeció al establishment militar-policial. Por primera vez, los dirigentes del establishment vieron en sus pesadillas la posibilidad de un gran levantamiento de soldados diciendo: Hasta aquí llegamos, no continuamos. Cuando las encuestas de la opinión pública mostraron que cerca de un tercio del público judío apoya a los refuseniks, el pánico aumentó. Al mismo tiempo, cientos de israelíes visitaron al sitiado Yasir Arafat en Ramalá.

Y luego vino la gran manifestación conjunta de los movimientos militantes por la paz ("¡La ocupación nos mata a todos!") en la Plaza del Museo de Tel-Aviv. Organizaciones que se habían acostumbrado durante los últimos 16 meses a tener manifestaciones de cien, doscientas, personas, se vieron ante diez mil manifestantes entusiastas, que habían dejado atrás la desesperación y que exigían acción.

Esta manifestación tuvo, por cierto, un impacto sobre la "izquierda establecida", que ahora se ve obligada a confrontar el nuevo clima entre su propio público.

Es el comienzo de un proceso. Nadie puede saber todavía hasta qué punto llegará a ser poderoso y hasta dónde irá. Pero una cosa es segura: algo está sucediendo.

Maariv, 16 de febrero de 2002